

# MAJESTIC



UNA NOVELA DE

# WHITLEY STRIEBER

AUTOR DE "COMUNION"

«Majestic» aparte de una novela es una profunda investigación de hechos reales.

En el desierto de Nuevo México, junto a la base aérea de Roswell, se estrelló en 1947 una extraña aeronave. En el lugar del suceso, un grupo de especialistas enviados por el gobierno estadounidense encuentra los cuerpos de dos extraterrestres y de un humano.

El rumor se propaga sin que el gobierno norteamericano pueda evitarlo. Algo ha sucedido en el desierto de Nuevo México que puede cambiar radicalmente la manera de ver el mundo. Un escéptico periodista es el elegido para recibir todas las informaciones secretas enfermizamente guardadas por el gobierno, y el responsable del programa de investigación sobre los *visitantes*, un ex agente, está dispuesto a revelárselas...

Un libro peculiar, acusado de conspiranoico, que además es sorprendente y ameno. Una de las lecturas obligadas de los seguidores del fenómeno OVNI.

Este libro está dedicado  
a la memoria del coronel Jesse Marcel,  
un héroe desconocido.

Whitley Strieber

«Mediante el secreto y la ridiculización oficiales, se induce a creer a muchos ciudadanos que los objetos volantes no identificados son sólo tonterías. Las Fuerzas Aéreas, para encubrir los hechos, han impuesto silencio a su personal».

***Almirante Roscoe Hlllenkoetter,***

Primer director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA)

De *The New York Times*, 28 de febrero, 1960

## Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a Stanton Friedman, William L. Moore, Jaime Shandera, Walter Haut, al doctor Jesse Marcel, hijo, y a Anne M. Strieber por su amable ayuda y los consejos que me dieron durante la preparación de esta novela.

Es una obra de ficción basada en hechos reales. He usado los nombres de personajes históricos y otros de mi invención. Las citas de artículos periodísticos son completamente auténticas, salvo el uso de que aquí son objeto. Este libro, en cuanto se refiere a la verdad que refleja, es producto de la paciencia de quienes me han brindado su ayuda. Los errores que pueda tener son exclusivamente míos.

## Introducción

Mi desgracia fue tener un poco de buena suerte. Si hubiese tenido suficiente sentido común como para acompañar esa suerte, no habría escrito esta historia. Es la noticia del siglo en exclusiva, pero casi me ha arruinado la vida, y precisamente cuando estaba a punto de dejar mi trabajo en un aburrido semanario suburbano por otro en un diario semioficial urbano. Ahora nunca escribiré para *The Washington Post* ni entraré en las legendarias salas de *The New York Times*, como no sea en calidad de chico de los recados.

Pero ¿qué es lo que me ha arruinado? No voy a esconder el hecho de que intentaba escribir un artículo para el Día de los Inocentes en mi periódico, o mejor dicho, en mi antiguo periódico, el *Express* de Bethesda. Teníamos la intención de divertirnos mucho con algo obviamente absurdo en lo que al menos la mitad de la población cree.

No me echaron porque no llegué a presentar el artículo. No, no fue eso. Lo que me dejó sin trabajo fue el descubrir que todo era cierto. El director creyó que lo que yo había escrito era una broma para él, y no le hizo ninguna gracia. Al igual que todos los periodistas, él estaba convencido de que el tema era un disparate.

He conocido al hombre que nos causó todo esto, y si este libro trata sobre una persona, esa persona es este hombre. Se llama Wilfred Stone. Vive en Bethesda, al igual que miles de jubilados de Washington. La mayor parte del año pasado estuvo sentado en el jardín trasero de su casa, muriéndose silenciosamente de cáncer de pulmón. Durante los últimos seis meses, él y yo hemos sido colaboradores, y

en la medida en que puedo considerarme amigo suyo, lo soy.

Al principio, contar su historia casi le daba vergüenza. Secretos como los suyos constituyen una pornografía propia muy sucia y le resultó muy penoso revelarlos. Pero se habituó, y finalmente se apasionó con el tema. Lo que empezó como un goteo de palabras dichas a regañadientes terminó en un torrente de lacerante angustia humana, una voz pidiendo clemencia a gritos desde el borde de la tumba.

A mi juicio, el papel que he desempeñado en nuestra colaboración ha sido el de transmisor, porque este libro es la confesión de Will Stone. Mi tarea ha consistido en brindarle apoyo a su obra, buscar los datos que faltaran, investigar lo que fuese necesario y ofrecer mi visión de este hombre desesperadamente afligido.

Conocí a Will a raíz de una carta que escribió al director del *Express* sobre una demoledora crítica —de la que yo era autor— de un libro escrito por quien supuse que era un evidente charlatán. Ésta no es una gran ciudad y su carta fue la única en apoyo del mentiroso profesional.

En cuanto a mí, lo único que puedo decir en mi propia defensa es que también yo fui víctima de Will.

Cuando llegó el momento de escribir el artículo para el Día de los Inocentes, yo necesitaba un primo y él parecía un buen candidato.

Will actuó como si hubiera estado esperando una llamada de alguien como yo, y supongo que así era porque todos sus actos se basan en el uso del cebo y el anzuelo. Es un hombre sutil, demasiado sutil como para entrar en mi despacho con los brazos cargados de los secretos más extraordinarios y terribles que poseen los Estados Unidos de América.

Teniendo en cuenta el gran deseo que tenía de contar su historia y el corto tiempo que le quedaba, debe de haberle sido muy duro esperar a que yo mordiese el anzuelo.

Will vive en una vieja casa oscura situada en una calle que estaba de moda hace treinta años. Yo fui a su casa para ponerme en contacto con mi víctima y acabé siendo la suya.

Cuando atravesó lentamente el vestíbulo para abrirme la puerta, bufaba como un viejo tren de carga y, después de abrirla, se apoyó en el marco para recobrar el aliento. Luego se irguió y en su rostro se dibujó una sonrisa amplia y compleja. Digo compleja porque no era una sonrisa como la que podemos tener usted o yo: era la expresión más triste que jamás he visto.

Me condujo a una siniestra sala de estar, con muebles lúgubres y una gruesa alfombra silenciosa, a la que sólo daban una nota de color las cortinas, unas cortinas extrañas, de hule o pergamino blanco con flores amarillas estampadas entre los pliegues.

Nos sentamos. Yo no sabía qué esperar del encuentro; ni siquiera sabía qué clase de preguntas hacer. Él acercó su enorme rostro tembloroso al mío, y sin preámbulo alguno me dijo:

—El maldito asunto es real y yo puedo probarlo.

«¡Un filón!», pensé yo.

—¿Qué maldito asunto?

—Todo el maldito asunto.

Dicho eso se puso de pie y salió de la habitación, balanceándose. Al poco rato regresó con una caja llena de documentos, fotografías y películas. Al principio pensé que serían las cosas habituales: fotos falsas, recortes de diarios y revistas, folletos disparatados, pero lo primero que vi fue una nítida foto en color de lo que sólo podía ser un extraterrestre muerto. La foto estaba adosada a los informes de la autopsia que aparecen en este libro.

Resultaba tan evidente su autenticidad que pareció como si me hubieran dado un mazazo en la cabeza y la sangre me corriera por la cara. Estaba realmente mareado. Todos los pequeños detalles parecían verdaderos: la pálida

piel, las heridas, el fluido rezumante, los negros ojos hundidos.

Los documentos tenían una cantidad interminable de páginas. Yo he reproducido en este libro los de mayor entidad, pero había miles y sólo Dios sabe cuántos hay además ocultos que ni siquiera Wilfred Stone conoce.

Allí estaba yo, en aquella sala oscura, leyendo y mirando una foto tras otra. Todo estaba sellado con términos como ULTRASECRETO o SECRETO MÁXIMO-MAJIC. Era evidente que nadie podía haber inventado esto con tanto detalle y perfección.

Sentí que el mundo se derrumbaba a mi alrededor. Tenía que cuestionarme todo aquello en lo que creía porque mis expectativas y mis conocimientos de las cosas se habían hecho añicos.

Cuando Will oyó el ruido que hizo una gota de sudor al caer sobre el documento que yo leía, puso una mano sobre mi hombro y me dijo:

—Quiero dar a conocer esto antes de morir.

Yo me quedé mirándolo. Sólo atinaba a pensar que había vivido en un mundo falso con una historia falsa. Todo lo importante era secreto.

Miré los documentos esparcidos a mi alrededor por el suelo. Eran terroríficos, tanto por su contenido como por los siniestros sellos que los clasificaban como secretos.

El que Wilfred Stone poseyera estos documentos era claramente ilegal, y si yo le brindaba cualquier clase de ayuda en su empeño, acabaría en la cárcel. Fue en este momento cuando el sentido común y la buena suerte entraron en conflicto. Entre otras cosas, esta historia implicaba el paro, la cárcel y la deshonra.

—El pueblo tiene derecho a saberlo. Tenía ese derecho hace cuarenta años —me dijo.

Will estaba sentado y en su rostro asomaba una sonrisa incipiente. ¿Trataba de ser agradable? ¿Quería conquistarme? Él no sabe sonreír. Acudieron a mi mente palabras co-

mo «serpiente»... pero, maldita sea, no podía quitar la vista de todo lo que me mostraba. Era el suceso más increíble de la historia. ¡Y yo lo tenía ante mis ojos! Un viejo enfermo, indefenso, tenía la verdad en sus manos; y él se ponía en las mías.

Esa noche consideré la posibilidad de publicar la historia. Pero pensé que sería una locura y que ni siquiera debía intentarlo. A eso de las cuatro de la mañana decidí mandar todo al infierno y me fui a dormir.

Al día siguiente, cuando me levanté, llamé por teléfono a Jeb Strode, un viejo amigo con quien había compartido habitación durante dos años en la universidad American. Él estudió Derecho; yo me compré una grabadora Sony barata y me convertí en periodista. Él ganaba ahora unos doscientos mil dólares al año por mantener cabilderos fuera de la cárcel, y yo pensé que estaría en condiciones de concederme los diez minutos que le llevaría responder a mi pregunta.

—Oye, me he vuelto loco. Lo he pensado toda la noche y he decidido olvidarlo.

—Por eso has llamado a un abogado que aún dormía, con un montón de gatos encima.

—¿Cómo podría publicar información secreta sin ir a parar a Danbury?

—Danbury es una bonita cárcel nacional. Pero no te enviarían allí, sino a una que tiene puertas de acero y guardianes con ojos de monstruo gila.

—¿Qué es un monstruo gila?

—Algo desagradable. Nicky, es mejor que te olvides de este asunto.

—Tengo que pensarlo.

—Mira, haz como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar, pero si de verdad quieres publicarlo, tu única posibilidad es hacerlo en forma de libro de ficción, porque entonces ellos pensarán que si van tras de ti, será como de-

cirle al mundo que todo es verdad. Tal vez así podría salirte bien.

Así pues, esto es ficción. Todo lo que contiene —los documentos, los informes, las entrevistas— es ficción. La historia es ficción. Will es ficción y yo también. Sólo son reales los artículos de los diarios y la declaración del almirante Hillenkoetter; no vale la pena negarlo porque cualquiera puede comprobarlo fácilmente.

Aunque yo no acabe con mis huesos en la cárcel, me he convertido en mártir de mi propia causa, y mi carrera está terminada. Pero el asunto lo merece porque es de proporciones gigantescas: está en juego el futuro de la humanidad. El advenimiento de los visitantes es un hecho tan crucial como la multiplicación original de la raza humana.

Es increíble que este suceso se haya mantenido en secreto. Como director de la Majestic Agency durante casi cuarenta años, Wilfred Stone es el mayor responsable del secreto.

Permitidle que intente explicarse. Yo no puedo. Yo agradezco al Señor no tener que enfrentarme con la conciencia de Will en medio de la noche, o cuando esté a punto de morir.

**Nicholas A. Duke**

15 de marzo de 1989

# Prólogo

por **Wilfred Stone**

He sido, junto con otros, artífice de uno de los peores errores que jamás se hayan cometido, y con esto, realizo mi último intento, quemo mi último cartucho, hago mi postrer esfuerzo por corregirlo.

En última instancia, todo recaerá sobre vosotros; mi generación ya ha fracasado. Nosotros, los que intervinimos en la Segunda Guerra Mundial y luchamos contra la amenaza del comunismo, sólo podemos legaros, además del mundo armado y furioso que os hemos brindado, una cosa más.

En 1947, alguien ajeno a este mundo intentó establecer una relación con la humanidad. El primer contacto le correspondió al Gobierno de Estados Unidos. Nuestra generación, con la victoria de la contienda mundial aún fresca y llena de orgullo, no pasó la prueba. Hicimos de ella un caos total.

Pero permitidme que me explique.

¿Conocéis la palabra empático? Fue inventada por un escritor, pero es una palabra verdadera, una palabra bella. Empático es alguien que se identifica con el carácter de otro hasta el extremo de asumirlo.

Si encontrarais a un empático perfecto, o a toda una ciudad o nación de empáticos perfectos, y les presentarais un psicópata pervertido, los empáticos se convertirían en monstruos.

Los niños, por carecer de experiencia, son empáticos, es decir, inocentes y puros. A mi edad resulta evidente que la

madurez no es sino un intento de recuperar esa inocencia, un intento de regresar a la naturaleza.

Los extraterrestres son empáticos, pero no por carecer de experiencia. Ellos han regresado a la naturaleza. No son hombres: están más allá del hombre. Al igual que los niños, carecen de conocimientos; se han convertido en animales conscientes. Y ése es un hecho hermoso; a los ojos de Dios son casi ángeles.

Llegaron a este mundo para ayudarnos a encontrar nuestra propia versión de esa sabia inocencia, y nosotros, aquellos quienes los vimos, ni siquiera comenzamos a comprender lo que eran. No entendimos el portentoso mensaje de estas líneas de Walt Whitman:

*Había un niño que crecía  
y cuando en algo posaba su mirada,  
en aquello se convertía.*

En consecuencia, cuando los llamamos terribles, en eso se convirtieron. «Sed como niños», dijo Él. ¿Qué quiso decirnos? ¿Por qué lo dijo? Nos hemos perdido en nuestro largo trayecto de regreso a la naturaleza. Cuando lanzamos las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki distorsionamos la historia y nos encaminamos hacia la extinción, no hacia la naturaleza. Logramos el terror absoluto, una oscuridad tan profunda que no podía ser penetrada, ni siquiera por una luz tan brillante que vaporizaba los ojos. Los visitantes, sabios inocentes, vieron el apuro en que nos encontrábamos y vinieron a salvarnos.

«Mirad los lirios del campo», dijo Él. ¿Pero quién? ¿Nosotros, que estamos desnudos bajo la lluvia? Si nos entregamos al viento y a la lluvia, ellos serán nuestra salvación; las flores serán nuestra liberación. No necesitamos ni economías, ni naciones, ni iglesias; sólo nos necesitamos los unos a los otros, y sentir y profesar un verdadero amor.

Éste es el mensaje de los extraterrestres. En consecuencia, representan un cambio total y absoluto, el colapso de la civilización económica y el fin de los días.

Ellos son la libertad, el alma a cielo abierto. Dado que su postura implica un cambio tan radical, nosotros, los integrantes del gobierno de Estados Unidos, los consideramos una amenaza para el país.

En lugar de proclamar su llegada por toda la nación, como hubiéramos debido hacer, un grupo del que formé parte escondió el hecho tras una cortina de negación y ridiculización. Apostamos guardias en los portales y difundimos rumores y mentiras para proteger nuestro conocimiento secreto.

Con nuestras mentiras transformamos la llegada de los puros en una invasión de monstruos surgidos de las profundidades de nuestra propia psique.

En la Biblia, cuando un hombre se encuentra frente a frente con un ángel exclama: «¡Ay de mí!» o «He pecado», o alguna expresión similar, porque tiene en esos oscuros ojos angelicales una clara visión de lo que verdaderamente es él mismo.

En los ojos de nuestros visitantes, quienes los vimos, reconocimos nuestra propia imagen. Y allí había monstruos.

## Primera parte EL OSARIO

*Sólo podemos conocer  
lo que está afuera*

*de los rasgos de un animal;  
incluso hacemos que nuestros niños  
se vuelvan y miren hacia atrás*

*hacia el lugar en que las cosas se perfilan,  
no hacia lo Abierto  
que yace muy profundo  
en el rostro de la bestia.*

**Rainer María Rilke**

*Elegías de Duino, Octava Elegía*